
3 1761 07802968 3





DOLORES

FEDERICO BALART

DOLORES

— POESÍAS —

11.º MILLAR

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2
1896

MADRID.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

PRÓLOGO

AL LECTOR

Este libro, que al mundo lanzado veo,
Lector, contra el torrente de mi deseo,
Por más que hoy tu mirada sobre él irradie,
Para ti no se ha escrito.—¡Ni para nadie!

Exudación de un alma de angustia llena,
La materia y la forma le dió una pena.
En sus versos, desnudos de gala y arte,
Ni voluntad ni esfuerzo tuvieron parte:
Lágrimas son que turbias se aglomeraron,
Que en informes estrofas se coagularon,
Y en un alma nacieron que el duelo enluta,
Como la estalactita nace en la gruta.

Yo, que en densa tiniebla desparecido
Soy un triste habitante del triste olvido,
Mis canciones dejaba sonar á solas
Como en playa desierta suenan las olas.
Al pie de árbol estéril, hojas caídas,
Entre el polvo rodaron desconocidas.
Hoy, que contra mi gusto las lanzo al viento,
Tales como las hallo te las presento.
La corrección mezquina, meticulosa,
Que los versos á veces convierte en prosa,
Si tersura les presta, verdad les quita:
¿Quién corrige, quién pule la estalactita?
Lo que en su masa tosca puede agradarte

Es ver cómo espontánea creció sin arte;
Y de ese crecimiento pierdes la norma
Cuando á la estalactita quitas su forma.

Si este libro robarte logra un momento,
Sólo ha de ser en gracia del sentimiento;
Sentimiento que es siempre, de varios modos,
Si en cada cual distinto, común á todos.

En la roca pendiente sobre el abismo,
Cruza el hombre los brazos y entra en sí mismo,
Y duda, al ver el alma y al ver el mundo,
Cuál de los dos abismos es más profundo;
Mas siempre halla en el fondo de entrambos huecos,
Para iguales gemidos, iguales ecos.
Desde que el mundo es mundo, con varios nombres
Iguales desventuras lloran los hombres.
Ya Job llevó la carga que yo ahora llevo:
¡Bajo el cielo estrellado no hay nada nuevo!
El volcán siempre arroja la misma lava:
Hoy pensamos lo mismo que Job pensaba,
Porque, bajo el azote de suerte impía,

Hoy sentimos lo mismo que Job sentía:
Á más crudas desgracias, penas más crudas,
¡Y, á mayores problemas, mayores dudas!

Y, siendo igual el fondo del sentimiento,
¿No lo han de ser las formas del pensamiento?
¡Ay! desde Adán, el hombre siempre ha tenido
Para iguales dolores, igual gemido:
En placeres y penas, por varios modos,
Nada es tuyo ni mío: ¡todo es de todos!

Cuando Mayo los campos cubre de flores,
Cantan la misma endecha los ruiseñores;
Pero, aunque confundidas en un lamento,
Cada voz se distingue por el acento.
Catedral cordobesa, que, si hoy bendita,
De otro Dios y otro culto fuiste mezquita:
Entre cuantas columnas te hacen preciada,
Para ti ni una sola fué cincelada.
Pero, si en sus gallardos fustes gigantes
Otros cien edificios pesaron antes,
Hoy que en ellos descansas, dí, ¿quién te quita

Tu original belleza, noble mezquita?
En la flor de los campos, blanca ó bermeja,
Delicados aromas bebe la abeja;
Pero el licor sabroso que el panal mana
No es romero, tomillo ni mejorana:
El dulzor que en el labio la miel nos deja
Es algo que tan sólo le da la abeja.

Yo no aspiro á que ensalces mi fantasía,
Lector, á mí me basta tu simpatía;
Y en ella sin temores el alma espera,
Que no hay voz despreciada cuando es sincera.
Todo ajeno gemido vibra en nosotros;
Los unos padecemos lo que los otros;
No se pierden los ayes en el vacío:
¡Mi dolor siempre es tuyo, y el tuyo, mío!

DOLORES

PRELUDIO

---

*

Yo te bañé con mi llanto,
Yo te abrí la obscura caja,
Y, dominando mi espanto,
Yo te vestí la mortaja:
Blanca toca y negro manto.

Tu cuerpo cubrí de flores,
Y te ceñí por corona
(¡Postrer don de mis amores!)
El velo de tu Patrona
La Virgen de los Dolores.

Después, en mi fiebre amante,
Junto á ti me arrodillé,
Y, convulso y delirante,
Sobre tu yerto semblante
La cabeza recliné;

Y, abismado en el dolor,
Seis horas pasé mortales
Hablándote de mi amor,
Al trémulo resplandor
De los cirios funerales.

El sentido al fin perdí;
Y, sin que yo lo advirtiera,
Alguien me arrancó de allí:
¡Muriera yo junto á ti,
Primero que en mí volviera!

*

¿Qué sentí?—Lo que, abatida
Por la zarpa del león,
Sentirá la cierva herida;
Lo que la garza, oprimida
Por la garra del halcón:

Algo que no es vil excusa
Ni santa conformidad;
Que ni asiente ni rehusa;
¡Horrible mezcla confusa
De estupor y de ansiedad!

Por salir de aquel estado
Pugnaba con vano empeño
Pensando que era soñado:
¡Un año entero ha pasado,
Y aun me parece que es sueño!

*

Desde aquel amargo día
Vivo en triste soledad;
Y, en esta lenta agonía,
La mitad del alma mía
Llora por la otra mitad.

Fija la vista en el suelo,
Largo tiempo te llamé
Con amargo desconsuelo:
Hoy sé que estás en el cielo;
¡Y en el cielo te hallaré!

Dios, que mira mi aflicción,
Cuando en la noche callada
Á Él levanto mi oración,
Con su palabra sagrada
Se lo dice al corazón.

Y estas tiernas emociones
Y dulces melancolías,
Origen de mis canciones,
¿Qué son sino inspiraciones
Que tú del cielo me envías?

Obra tuya debe ser
Este cambio singular
Que no acierto á comprender:
Yo nunca supe cantar,
Y ahora canto sin saber.

Canciones de triste acento,
Siempre regadas con llanto;
Porque, en hondo abatimiento,
Los sollozos son mi canto,
La muerte mi pensamiento;

Que, como es dura mi suerte
Y abrigo la convicción
De que en la gloria he de verte,
Sólo pensando en la muerte
Se me ensancha el corazón.

*

Aquel ruiseñor sin nido
Que vaga por la pradera
Conturbado y dolorido
Con el recuerdo querido
De su pobre compañera,

Cuando al fin el canto agota,
Sobre una rama sin flor
Que el cierzo iracundo azota,
Repite una sola nota,
Eco de un solo dolor.

Así yo que, sin ventura,
Con el alma destrozada
Y abismado en noche obscura,
Llevo hasta el fondo apurada
La copa de la amargura,

En la horrible turbación
Que me oprime el corazón
Y la mente me enajena,
Ni tengo más que una pena,
Ni sé más que una canción.

Querella de mi agonía,
Conforme sale de mí
Á ti mi dolor la envía:
¡Óyela tú, vida mía,
Porque es toda para ti!

Julio de 1880.

PRIMER LAMENTO

—

¡No puedo más! El llanto reprimido
Ya hirviendo me sofoca:
Cuatro meses la queja he contenido,
Con el puño en la boca.

¡No puedo más! Perdona, Dios clemente,
 Perdona si te agravio
Rompiendo al fin los diques al torrente
 Que rebosa en mi labio.

Gimiendo me sorprende la mañana;
 Gimiendo paso el día:
En sólo un pensamiento ¡oh Dios! se afana
 Tenaz el alma mía.

Entre obscuros cipreses ven la aves
 Una tumba ignorada:
Para dos fué labrada—¡tú lo sabes!—
 ¡Para dos fué labrada!

Aun la mitad, Señor, está vacía,
 Y un cadáver me espera:
¡Logre, logre su ansiada compañía
 Mi pobre compañera!

Cuando en la triste noche el viento azota
Los árboles desnudos,
Y la lluvia desciende gota á gota
Sobre los campos mudos,

Allá vuela mi mente enamorada,
Allá vuela afanosa,
Buscando á la que sola y olvidada
Bajo el mármol reposa.

Desde que ella partió, sordo mi oído,
Ciegos están mis ojos,
Y mi lecho, que ayer de amor fué nido,
Ya es tálamo de abrojos.

¡No puedo más, Señor! Niebla sombría
Me impide verla y verte.
Manda un rayo de luz á mi agonía,
¡Y venga en él la muerte!

La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,
La muerte redentora
Que esta tormenta tornará en bonanza
Y esta noche en aurora.

¡Misericordia, oh Dios! ¡Cese esta guerra,
Cese este ardiente anhelo;
Que me aguarda un cadáver en la tierra
Y un ánima en el cielo!

28 Octubre 1879.

SOLEDAD

Cuando abatido dejo mi casa
Y al campo salgo, triste y sombrío,
Tal vez me quedo mirando al río,
Tal vez me quedo mirando al mar·
Como esa linfa que pasa y pasa,
Fueron mis dichas y mis venturas;
Como esas olas mis amarguras,
Que van y vienen sin descansar.

Mudo y absorto, solo y errante,
Ya en mí se cifra mi vida entera:
Nadie se cuida, nadie se entera
De los suspiros que al viento doy.
Ya no me queda ni un pecho amante
Que con sus penas mis penas junte,
Ni un dulce labio que me pregunte
De dónde vengo ni adónde voy.

Nadie ve el duelo que mi alma llena;
Mis negras dudas á nadie fío;
Todas mis fuerzas embarga un frío
Que al fondo llega del corazón;
Y á solas paso mi amarga pena,
Y á solas vivo y á solas muero,
Como en la nieve muere el cordero
Que entre la zarza dejó el vellón.

COMPAÑÍA

De ir solos por la vida nos quejamos
    Á la contraria suerte:
    Y solos nunca vamos;
Que, mientras por la vida caminamos,
Siguiendo nuestros pasos va la muerte.

PUNTOS DE VISTA

La sombra por el cielo se extendía;
Con resplandor escaso,
Sereno y melancólico, en ocaso,
Iba muriendo el día;

Sobre el vago crepúsculo que huía,
Negra su forma recortaba el monte
Cuyas cumbres enhiestas
Dibujan con sus picos y sus crestas
La línea desigual del horizonte;
Y entre la obscura sombra que caía,
Y el monte que siniestro la esperaba,
Como una tumba, misteriosa y fría,
La noche sobre el mundo se cerraba.

Y él entonces me dijo:—¿Por qué triste
Siempre tu alma cobarde se acongoja?
¿Por qué al placer tu pecho se resiste
Cuando el cierzo despoja
Sañudo al árbol de su inútil hoja,
Y cuando Abril de flor los campos viste?

Y yo le respondí:—Jamás en calma
Sonríe á las miserias de este mundo
Quien con tedio profundo
La duda y el dolor lleva en el alma.

Y él añadió:—Contempla la belleza,
    Contempla la alegría
Con que el mundo renueva cada día
La madre universal Naturaleza.

Y yo:—Contra la duda no hay guarida:
El hombre que probó su amargo dejo,
Mientras al cuerpo el alma lleva unida
No vuelve á desplegar el entrecejo.
En esa sucesión no interrumpida
Que un ser en otro sin cesar convierte,
Tú escuchas los alientos de la vida,
Yo escucho las congojas de la muerte.

Y él á mí:—La esperanza es luz del mundo;
En todo brilla su esplendor fecundo:
Mientras en las regiones del ocaso
    Con ceño moribundo
Sepulta el sol su resplandor escaso
Que extinguiéndose va de loma en loma,
Tibio, dulce, tranquilo, paso á paso,
Nuevo fulgor por el oriente asoma,

Sus rayos extendiendo por la duna
Como blanco cendal en muelle cuna.

Dijo, y miré.—Rayaba por oriente
    Claro nimbo esplendente;
Y, entre las sombras de la noche bruna
Subiendo silenciosa al horizonte,
    Sobre el valle y el monte
Su sudario de luz tendió la luna.

EXEQUIAS

—

Si el cielo, de noche,
Me paro á mirar,
Tantas luces y tanto silencio
Me dan que pensar;

Y, al ver cómo callan
Tierra, viento y mar,
Me parece que el mundo es un muerto
Que van á enterrar.

RESIGNACIÓN

—

*

Llevo en un relicario colgado al cuello
Tu retrato y un rizo de tu cabello,
Y, sobre esas reliquias de mis amores,
La imagen de la Virgen de los Dolores.
Cuando en mis amarguras su auxilio imploro,
Al pronunciar su nombre suspiro y lloro;

Porque es esa palabra, de encanto llena,
El nombre de mi esposa y el de mi pena.
¡De penas y de nombres harto sabía
Quien te dió el que llevabas, Dolores mía!
De dolor traspasada cruzaste el mundo,
Y en mi pecho dejaste dolor profundo:
Dolor que, aquí en el fondo del alma herida,
Durará lo que dure mi triste vida;
Dolor que, lento y sordo, pero tremendo,
Corazón y memoria me va royendo,
Desde la triste noche que, enajenado,
Á la luz de unos cirios pasé á tu lado.

*

Seis meses han corrido desde aquel día:
¿Quién ya de ti se acuerda, Dolores mía!
Tu imagen se ha borrado como una sombra:
Nadie por ti pregunta, ¡nadie te nombra!
¿Qué resta de tu vida, pobre Dolores?
¿Qué de la dulce historia de mis amores?

¡Una pena que oculto como un misterio,
Y un nombre en una losa de un cementerio!
Ya entre tu amor y el mío se eleva un muro.
Todo en mi vida es triste, todo es obscuro.
Tu voz, tu voz amada, de dulce acento,
Ya en mis tristes congojas no me da aliento;
Tus ojos amorosos ya no me miran
Ni tus labios de rosa por mí suspiran;
Y aquellos brazos bellos que me estrechaban,
Y aquellas pobres manos que me halagaban,
Del nicho en el obscuro recinto estrecho
Ya inmóviles se cruzan sobre tu pecho.
De mis dichas, ¿qué resta para memoria?
¡Tu despojo en la tumba; tu alma en la gloria!
¿En la gloria?—¿Quién sabe lo que está escrito!
¿Quién penetra el secreto del Infinito!

*

Dios, que escuchas mi llanto, que ves mi duelo,
¡Llévame con mi esposa, llévame al cielo!

¡Junta nuestras dos almas, y redimidas,
En éxtasis eterno vivan unidas!
Perdona si te ofenden mis pensamientos;
Perdona si te irrito con mis lamentos;
Perdona si, en la fuerza de mi amargura,
La exaltación del alma raya en locura.
Yo no sé lo que pienso ni lo que digo;
Pero yo te venero, yo te bendigo.
Yo escucharé obediente tu voz airada;
Yo besaré la mano que me anonada;
Pero, si es que ignorantes tal vez caímos,
Si es ésta ¡oh Dios! la pena que merecimos,
Recuerda que mis pasos ella seguía
Y que, si hay culpa en algo, la culpa es mía.
Ella quizá fué débil; pero fué buena:
¡Yo, que soy el culpado, sufra la pena!
Este ruego ferviente mi amor te envía:
Si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!
Pero déjame al menos, Dios soberano,
Que, al recibir el golpe, bese tu mano.
Conozco tu clemencia, y á ella me acojo.
No temo tu castigo: temo tu enojo;

Y si en perpetuo luto y en llanto eterno
Puedo amarte y amarla, ¿qué es el infierno?

¡Oh! perdona, perdona si, allá en tu altura,
Te ofenden los lamentos de mi amargura;
Y pues eres clemente, pues eres justo,
No se cumpla mi anhelo, sino tu gusto.
Oye tan sólo un ruego de mi agonía:
Si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!

Diciembre de 1879.

LUZ Y SOMBRA

Cuando en el pavimento la persiana,
Como listada piel de tigre hircana,
De sombra y luz solar tiende una alfombra,
Si en ella clavo con tesón la vista,
Cambiando de tamaño cada lista,
Mientras mengua la luz, crece la sombra.

Yo bien sé que, aunque siempre repetido,
Sólo es vana ilusión de mi sentido
Ese de sombra y luz efecto extraño:
Yo bien sé que, si aparto de él la vista,
Al mirarlo de nuevo, cada lista
Recobra su figura y su tamaño.

Pero es triste, muy triste, Dios clemente,
Que así también, cuando tenaz y ardiente
Persigue el hombre la verdad desnuda,
Si en los grandes problemas un momento
Fija con atención el pensamiento,
Mientras mengua la fe, crezca la duda.

Á FEDERICO

Niño que al triste fulgor
De mi estrella amortecida
Vas penetrando en la vida
Por la senda del dolor;

Que, angustiado cuando ves
Mi tormento y mi martirio,
Vives mustio, como un lirio
Nacido al pie de un ciprés,

Y con infantil piedad
Compartiendo mi agonía,
Ni aun buscas la compañía
De los niños de tu edad:

Cuando, en presencia de Dios
Que nos ve desde la cumbre,
Al dulce amor de la lumbre
Solos velamos los dos,

Y corren, sin que yo quiera,
Mis lágrimas silenciosas
Entre las ondas sedosas
De tu rubia cabellera,

Y en mi agitado interior,
Con lucha terrible y muda,
Combaten la fe y la duda,
La esperanza y el temor,

Aunque por tu edad ignoras
Lo duro de estas batallas,
Me ves silencioso, y callas;
Me sientes llorar, y lloras;

Y entonces, de una pasión
Á otra pasión arrastrado,
Por dos fuerzas desgarrado
Se me parte el corazón.

Temblando, el llanto reprimo;
En mi congoja sombría,
Miento frases de alegría
Y el labio en tu frente imprimo;

Que aunque mi aflicción es tanta
Y es tan acerbo mi mal,
No han de ser ellos dogal
De tu inocente garganta.

Procurando tu ventura,
El voto debo cumplir
De la triste que al morir
Te encomendó á mi ternura.

Crece, sí, mi dulce amor;
Nada perturbe tu calma,
Que aun no tienes, niño, el alma
Templada para el dolor;

Ni puede querer tu mal
La que, previendo mi duelo,
Me dejó para consuelo
Tu sonrisa angelical.

Vida de bien tan avara
Presta á tu infantil belleza
Una sombra de tristeza
Que más hermoso te para;

Mas ¡ay! me aterra pensar
Que mi constante amargura
Puede aumentar tu hermosura
Con la sombra de un pesar.

En este ambiente nocivo
Del dolor, que es mi elemento,
Por ti solamente aliento,
Por ti solamente vivo;

Y cuando, exaltado y loco,
Toda esperanza perdida,
Juzgo imposible la vida
Y á voces la muerte invoco,

Pensando en tu porvenir
Siento en las arterias frío...
¡Crece, crece, niño mío,
Porque pueda yo morir!

Diciembre de 1879.

¡ . . . . . !

Para Dios no hay eventos, no hay acasos:
Antes que el giro de la azul esfera
La eternidad á tiempo redujera,
Contó mis horas y midió mis pasos.

El mal y el bien me brindan con sus vasos,
Y esquivarlos en vano el alma espera,
Que de mi vida la fatal carrera
Mutaciones no admite ni retrasos.

Anterior á mi ser es mi destino;
Tasadas mis acciones *ab æterno;*
Fija la suerte, ineluctable el sino:

¡Y aun suponen que un Dios piadoso y tierno
Puede abrir al final de mi camino
La sima tenebrosa del infierno!

———

ANSIEDAD

Por no conocerme así,
No quisiera conocerme.
BOSCÁN.

De tan largo padecer,
De tan continuo penar,
Imbécil me he de tornar
Ó loco me he de volver:

Trastornado está mi ser
Desde que mi amor perdí;
Y es tanto el mal que sufrí,
Tanto el que sufriendo estoy,
Que no encuentro en lo que soy
Ni sombra de lo que fuí.

Cuando tiendo la mirada
Por los años de mi vida,
De hallarse tan abatida
Llora el alma sonrojada:
Hoy, al fin de mi jornada,
Al contemplarme y al verme
Débil, apocado, inerme
Contra la suerte fatal,
Por no conocerme tal
No quisiera conocerme.

Desde que mi bien perdí,
Con lucha implacable y muda
La certidumbre y la duda
Batallando están en mí·

Ni creo lo que creí,
Ni niego lo que negué;
Y, examinando el por qué
De cuanto temo y deseo,
Todas las sendas tanteo
Y en ninguna siento el pie.

¡Feliz, feliz el creyente
Que espera, firme y entero,
En un Dios justo y severo
Ó en un Dios dulce y clemente!
Mas ¡ay de aquel que impaciente
Sondea la eternidad,
Y, en vaga perplejidad,
Jamás el ánimo inclina
Ni á la justicia divina
Ni á la divina bondad!

Para el que no osa creer,
Es la eternidad baldía
Un interminable día
Sin mañana y sin ayer:

Noche fué su amanecer,
Y en su horizonte sombrío,
Negro recorre el vacío
Un sol que, entre opacas nieblas,
Rayos lanza de tinieblas
Y ondas esparce de frío.

Pero aquel que, en su impiedad,
Á la negación se aferra,
Del ánimo al fin destierra
Duda, temor y ansiedad:
Él admite una verdad,
¡Triste verdad, bien lo sé!
Mas para el alma que fué
Presa de cobarde anhelo,
Cualquier creencia es consuelo:
¡La fe en la nada aun es fe!

Yo, como el agua que llueve
Corre esparcida sin cauce,
Como la rama del sauce
Que á todo viento se mueve,

Presa de la duda aleve
Cambio sir saber por qué;
Y exhausto de toda fe,
Con amargo desconsuelo,
Consternado miro al cielo
Cuando nombro á la que amé.

En vano la Religión
Me manda, con ceño airado,
Que olvidando lo pasado
Procure mi salvación;
Que negocie mi perdón,
Y que, aplicando al veneno
Que oculto llevo en el seno
La triaca que me den,
Agencie mi propio bien
Sin pensar en el ajeno.

¡Traición fuera, vil traición,
Olvidar, falto de brío,
Á la que por mí, Dios mío,
Arriesgó su salvación!

¡En indisoluble unión,
Almas que supo juntar
Al pie de tu propio altar
Amor trocado en deber,
Ó juntas se han de perder,
Ó juntas se han de salvar!

Y al salvarme, ¿qué ventura
Lograra yo ¡desgraciado!
Si en no tenerla á mi lado
Consiste mi desventura?
Aunque en la celeste altura
Donde mi clamor se estrella,
Desertando de su huella
Penetrar consiga yo,
Para quien tanto la amó
¿Qué gloria ha de haber sin ella?

¡Oh! cuando uno ha de caer,
Acaso el otro, en la gloria,
Pierda la dulce memoria
De los amores de ayer.

Mas si no hemos de caber
Á un tiempo los dos allí,
Haz, Señor, que junto á Ti
Mi esposa feliz se crea,
¡Ay! aunque yo no la vea
Ni ella se acuerde de mí!

Enero de 1880.

LA ÚLTIMA TABLA

En el abismo del dolor sumido,
La mirada levanto á las alturas,
Y desde el hondo valle de amarguras
Te invoco ¡oh Dios! con ánimo abatido.

¡De la duda que ofusca mi sentido
Disipa Tú las ráfagas obscuras!
No te pido grandezas ni venturas:
¡Esperanza, y amor, y fe te pido!

Aunque en sollozos mi dolor exhalo,
De punzante inquietud y angustia lleno,
Aun tu bondad á tu poder igualo.

No al odio dejes invadir mi seno:
Bueno te juzgo; pero, si eres malo,
¡Déjame, por piedad, juzgarte bueno!

DESENGAÑO

En pos de la verdad, con ansia impía
Corrí desatentado.
Pero, alcanzada al fin, ¡cuánto daría
Por no haberla alcanzado!

ULTRA

Morir... Dormir...—¿Dormir?—¡Soñar acaso!
SHAKESPEARE.

I

Despierta, corazón, ésta es la hora:
Ya tu plegaria vespertina espera
La pobre compañera
Que á sombras del ciprés dormida mora.

Despierta, sí, despierta: ya incolora
Se angosta en las regiones del vacío
La franja del crepúsculo sombrío,
Semejante á la franja de la aurora.
Mas no: ¡cuán diferente!
Ese sol esplendente,
Que los cielos recorre paso á paso,
¡Qué alegre se levanta en el oriente!
Y ¡qué triste se oculta en el ocaso!
Sonrïendo, la aurora
Mece la cuna del naciente día;
El crepúsculo llora
Sobre el lecho mortal de su agonía.
Despierta, corazón: ¡ésta es la hora!

*

¡Hora solemne y grave!
Su nido busca silenciosa el ave
Por el bosque vecino,
Y en la torre lejana

La trémula campana
Lanza el triste lamento vespertino;
Desde el cielo profundo,
Desplegando sus negros pabellones,
En fúnebres crespones
Va la noche cayendo sobre el mundo;
Al hálito invernal de Guadarrama,
La niebla, de los valles desprendida,
Por los desnudos árboles tendida
Cuelga su blanco tul de rama en rama;
Y, con rumor de lúgubre misterio,
Tan vago que las auras no lo advierten,
Sobre mi frente su tristeza vierten
El sauce y el ciprés del cementerio.

Ellos, de mi dolor graves testigos,
Ya por suyo me cuentan y me miran:
Sus secretos me dicen como amigos;
Sus sentimientos de piedad me inspiran;
Y tienen uno y otro por tan cierto
Ser mi propia mansión la sepultura,
Que, cuando en medio de la noche obscura

Salgo, dejando mi lugar desierto,
Se admira el sauce, y el ciprés murmura:
«¿Adónde vas, adónde, pobre muerto!»

*

Aquí el alma se eleva y se contrista
Pensando en esta vida transitoria.
¿Qué es el hombre? ¡Ay de mí! ¡Frágil arista!
¡Mentira su saber! ¡Humo su gloria!
¡Nada en él que á la muerte al fin resista!
«¡Quitado de la vista,
Pronto se va también de la memoria!»
Ni amor ni gratitud le prestan nido:
Bien lo dice este osario
Sobre cuyo recinto solitario
Tiende sus alas el traidor olvido.
La hierba borra lo que fué sendero;
Y estas desiertas soledades cubre
(¡Miserable sudario postrimero!),
Ya con su nieve Enero,

Ya con sus hojas pálidas Octubre.
Abismo en cuyo fondo no medido
Ni penetra la luz ni el viento zumba,
Si es más honda que el báratro la tumba,
Más hondo que la tumba es el olvido.

¡Vanidad! ¡Vanidad! ¡Mísera suerte
De todo humano bien! Gloria, riqueza,
Poder, talento, juventud, belleza...
¿Qué hay seguro en la vida, qué?—¡La muerte!

*

¿Y más allá?—¡La sombra inexplorada!
¡La negra inmensidad desconocida!
¡El misterio!

Con ola desmayada
Llega á la tumba el mar de nuestra vida.
Mas lo que al hombre espera
Detrás de aquel estrecho tenebroso,

¿Es puerto de reposo,
Ó es nuevo mar sin fondo y sin ribera?

Cuando un cadáver miro,
Mudo de horror, ni aliento ni respiro.
¡Ay! aquella tensión inmoble y fría,
¿Es inercia? ¿es dolor? ¿es sueño? ¿es calma?...
¡Problema que á la ciencia desafía!
¡Oh eternidad sombría!
¡Oh abismo de los vértigos del alma!

«¡Morir! ¡Dormir!—¿Dormir?—¡Soñar, acaso!»
¡Y ésa es la duda que nos turba el pecho
Ante el último paso
Que lleva, oh tumba, á tu recinto estrecho!
¡Duda espantosa que la mente enerva!
¿Es materia no más, materia inerte,
Lo que de nuestro ser al fin conserva
En sus garras fatídicas la muerte?

¡Espíritu!... ¡Materia!...—¡Unión obscura
Que en vano el sabio deslindar procura!

¿Á qué esa dualidad mal definida
Con que el hombre duplica su miseria?
Para explicar la vida,
El espíritu basta, ó la materia.

Pero ¿cuál?—Cuando enfoca vuestro lente,
Oh sabios, el anverso y el reverso
De la cuestión, ¿qué queda al fin patente?
¿Es mi mente porción del universo,
Ó el universo engendro de mi mente?
¡Problema tremebundo,
Que á todo pensador arruga el ceño!
Yo, cuando en duda tal el juicio empeño,
Aquí, de la conciencia en lo profundo,
Mejor concibo el mundo como un sueño
Que el alma como un átomo del mundo!

*

Mas, en rigor, ¿qué añade á mi ventura
Ser espíritu ó ser materia impura?

Esto que piensa, en mí (sea cual sea:
Almo soplo divino
Que ingrávido los orbes señorea,
Ó átomo miserable que, sin tino,
En ciego torbellino,
Del mundo con los átomos guerrea),
Ello es que existe y siente;
Y, obra de Dios ó aborto de sí mismo,
Siempre ha de hallar presente,
Oh eternidad, tu inevitable abismo.

Triste verdad, pero verdad notoria;
Dilema que no admite dilatoria:
Si existe Dios, existe la justicia;
Y la inicua malicia
Y la virtud constante y meritoria
Han de encontrar eterno
El premio en las delicias de la gloria
Ó el castigo en las penas del infierno.
Si Dios no existe como fuerza externa,
Si Él no sacó los mundos de la nada,
La materia es eterna:

Porque eterna ha de ser, siendo increada.
Mas, si en ella el espíritu no anida,
Si ella sola se rige y se gobierna,
Ella ha de ser quien sufre dolorida;
Y, eterno el mundo y el dolor eterno,
Siempre hallará la mente confundida,
Á falta de las penas del infierno,
El espantoso infierno de la vida!

*

¡Una vida tras otra!—¡Horrenda suerte!
¡Perdurable agonía!
¡En pos de las tinieblas de la muerte,
Surge el lívido albor de un nuevo día!
¡Eterno, inexcusable cataclismo!
¡Tras un abismo, un monte!...
¡Tras un monte, un abismo!...
¡Y un horizonte en pos de otro horizonte!...
¡Y otro!... ¡y otro después!...—¡Siempre lo mismo!
¡Funesto aborto del sepulcro inerte,

Cada breve existencia consumida
Termina en las congojas de otra muerte,
Germen de los tormentos de otra vida!

¡Batalla eterna, misteriosa y muda!
Sobre este helado suelo que ahora, insano,
De su verdor el ábrego desnuda,
Poderoso y lozano
Su agreste pompa tenderá el verano.
Con inconsciente amor, la madre tierra,
Que los yertos despojos
De cuanto ha sido, en su regazo encierra,
Fecundizada por los rayos rojos
Del sol primaveral, trocará en germen
De vida y de vigor la podredumbre
De esas reliquias que ateridas duermen.
Por la voraz raíz arrebatados,
En ciega muchedumbre,
Los átomos que hoy yacen disgregados
Serán, á influjo de la etérea lumbre,
En savia exuberante transformados.
De ella tomando aromas y colores,

La verde rama cubrirán las flores.
Y la flor, convertida en dulce fruto,
Al hombre avaro rendirá tributo:
Tributo que, á las fuentes de la vida
Dando nuevo caudal con nuevos dones,
Nuevas generaciones
Te traerá, Humanidad nunca extinguida!

¡Oh fosa! en tus arcanos,
Que las tinieblas de la muerte enlutan,
Voraces los gusanos
La podredumbre humana se disputan;
Y los hombres, inquieta muchedumbre
Que pulula espantosa,
Otros gusanos son, que en otra fosa
Devoran otra horrible podredumbre.

¡Festín abominable!
Los seres á los seres devorando,
Con furor insaciable
Van el suplicio eterno renovando.
Así, en lucha jamás interrumpida,

La muerte se alimenta de la vida,
La vida se alimenta de la muerte,
Y—¡oh pavoroso arcano!—
El ser humano en polvo se convierte,
Y el polvo se convierte en ser humano!

*

Y si, por dura ley reconocida,
Es la vida función de la materia,
Y el dolor consecuencia de la vida,
¿Qué esperanza de paz, segura y seria,
Nos das, oh eternidad nunca eludida?

En vano, consternado, miro al cielo:
El trémulo fulgor de las estrellas
No me asegura el bien que, loco, anhelo:
¡La ley universal columbro en ellas!

Si tiendo la mirada con recelo
Por la estrellada bóveda serena,

Ó la convierto á la región obscura
Donde el hombre, amarrado á su cadena,
La frente inclina con dolor al suelo,—
Desde el astro que vívido fulgura
En la celeste altura,
Hasta la leve titilante gota
Que refringe su luz como un topacio,
La vida universal llena el espacio,
La vida universal el tiempo agota.
Ante la inmensidad todo es lo mismo:
Y, en ciego perdurable cataclismo,
Siempre de angustias y dolor fecundos,
Átomos son los mundos,
Y mundos son los átomos.—¡Abismo!—
La nebulosa apenas percibida,
De millones de soles niebla densa,
Es menuda molécula perdida
Del negro espacio en la extensión inmensa;
Y la azucena que entreabrió á la aurora
La copa tembladora
De sus pétalos cándidos y tersos,
Lleva por gala, entre el follaje umbrío,

Millones de millones de universos
En cada limpia gota de rocío!

Y, con giro incesante,
De la nítida gota en lo profundo,
Cada invisible mundo
Siglos de siglos vive en cada instante.
La importancia del tiempo es á medida
De cada ser al universo adscrito;
En cada ser que puebla lo infinito
Es diferente el ritmo de la vida;
Interminable ciclo es en el uno
Lo que, en el otro, indivisible instante:
¡Para llenar un año de Neptuno,
Un siglo de la Tierra no es bastante!

¡Confusión! ¡Nada es grande ni pequeño!
Á veces, contemplado de hito en hito,
Se desvanece el mundo como un sueño;
Y á veces, cuando atónito medito,
De un lado y otro, más fatal, más fosca,
Su inmensa curva enrosca

La siniestra espiral de lo infinito!

No me habléis de esas fúlgidas esferas
Que mansiones del bien finge la mente:
Su paz, su dicha, su tranquilo ambiente,
Quimeras son no más, ¡vanas quimeras!
Porque deslumbre su esplendor mis ojos,
¿Esas pobres lumbreras
Han de ser realidad de mis antojos?
¡Ilusión! Esta vil tierra mezquina
Donde reina la muerte,
Donde el dolor domina,
Donde el débil es víctima del fuerte,
Donde el hombre, juguete de la suerte,
Falso en su fe, mudable en sus consejos,
Vive propenso al mal, y al bien rehacio,—
¡Esta tierra también, vista de lejos,
Es un astro en las sombras del espacio!

Una en esencia, en formas diferente,
La gran Naturaleza, conmovida
Por su fuerza inmanente,

Con giro permanente
Y en cadena jamás interrumpida,
Todo lo crea y todo lo destruye,
Y, deshecho, otra vez lo reconstruye
Con apariencia nunca repetida.
Y, en esta fuente que perenne fluye,
Morir es renacer á nueva vida
Que á una pena otra pena sustituye.

*

Y, si vivo á tortura condenado,
¿Qué alivio dan á mi tormento duro
El ciego olvido del dolor pasado,
Ni la ciega ignorancia del futuro?

De mi anterior y venidera historia
Nada el inquieto pensamiento alcanza:
¡Por un lado se ofusca la memoria!
¡Por otro se confunde la esperanza!
Aun en esta fugaz vida presente,

Las huellas de pesares y venturas,
Del tiempo con la rápida corriente
Se borran de la mente
Cual labor en arenas inseguras:
Con más causa, imprevistas ú olvidadas,
Las dichas y amarguras
De existencias pasadas y futuras
En profundo misterio están veladas;
Y, entre densas tinieblas apiñadas,
Esta vida de angustias y de tedio
Es un instante conocido, en medio
De dos eternidades ignoradas.

Pero, aunque nada mi conciencia sabe
De ese ayer, ya remoto, ya vecino,
¿Es mi carga presente menos grave
Ni menos escabroso mi camino?
Por contener un vino y otro vino,
¿Guarda de todos la fragancia el vaso?
¿Ó, de los vientos combatido, acaso
Recuerda el mastelero de la nave,
Cuando surca veloz las verdes ondas,

El canto melancólico del ave
Que ayer el nido cobijó en sus frondas?

Pálido, torvo, sin valor, sin tino,
Por los resquicios del eterno muro
Que oculta lo pasado y lo futuro,
Se asoma inquieto el hombre á su destino,
Como á un abismo obscuro.
Entre las sombras avanzando el cuello,
Nada ve, nada alcanza. Mas, si escucha,
Lamentos oye de lejana lucha,
¡Clamores que le erizan el cabello!

¡Vive en tinieblas, ánimo impaciente!
Mas lo que no consiente
Negaciones ni dudas, lo seguro
Es el dolor presente,
Recuerdo y vaticinio permanente
Del pasado dolor y del futuro.
Viviendo la materia eternamente,
Cada átomo del mundo es un cautivo,
Cada estrella del cielo una espelunca.

Si á veces me pregunto pensativo,
Cuándo el tormento cesará en que vivo,
Cada astro es una voz que dice: «¡Nunca!»

¡Oh armonía del mundo,
Del eterno dolor eterno grito!
¡Oh manantial del ser, negro y profundo!
¡Oh trabajo infecundo:
«Verter lo inagotable en lo infinito»!

*

¿Y es ésta la ventura
Que á mi angustia mortal brinda el ateo?
Cuando en el libro de la vida leo,
Siempre te encuentro, eternidad obscura;
Y, al descifrar la página futura,
Creo en el mal cuando en el bien no creo.

¡Triste materialismo,
Tu esperanza más clara y más segura

Es caer de un abismo en otro abismo!
Si justiciero existe un Dios eterno,
Infierno puede haber, puede haber gloria;
Mas si es lo eterno la mundana escoria,
Y es su ley el dolor, todo es infierno!

¿Dónde la nada está? ¿Dónde se encierra
La perdurable paz que ansié demente?
Eterna la materia, eternamente
Al ser mantiene con el ser en guerra.

¡Sin la imagen de Dios omnipotente,
El infinito material aterra!

II

Mas, de improviso, en niebla tan sombría
La luz de la esperanza reverbera;
Su faro enciende la conciencia austera;
Y al puro rayo que su llama envía,

La impiedad vocinglera
Calla con estupor, como quien viera
En la alta noche despuntar el día.

En vano á la evidencia me resisto,
Cuando yo propio el argumento ofrezco
Contra el error en que tenaz insisto:
Aborreciendo el padecer, padezco;
Aborreciendo la existencia, existo;
Y ¿aun recuso el poder de otro más fuerte,
Que, providente acaso, acaso ciego,
Insensible á la queja y sordo al ruego,
Dispone de mi suerte?
Si de mí mi destino dependiera,
Si muerte fuera para mí la muerte,
¿Cuándo lo que padezco padeciera?

Existe Dios; existe, y en Él creo.
No es mentida ilusión de mi deseo:
¡Cuanto más iracundo
Cierro los ojos á la luz del mundo,
Mejor su faz en mi conciencia veo!

Los que juzgan inútil su existencia,
Por más que en la impiedad ciegos se gocen,
Para fundar su ciencia,
Sujeto á ley el mundo reconocen.—
¿Ley sin legislador?—¡Sueño! ¡Demencia!

*

Pero ese Dios potente y soberano,
¿Es de venturas perennal venero?
¿Es de miserias manantial insano?
Vengativo, clemente ó justiciero,
¿Qué es para el hombre, en fin? ¿Padre ó tirano?

Cuando á veces sus obras considero
(Mal que á mi fe y á mi esperanza cuadre),
Aunque á sus pies postrado le venero,
Por tirano le tengo, y no por padre.
Si todo es obra de su fuerte diestra,
Si en todo brilla su saber profundo,
¿Quién lanzó á las tinieblas de este mundo

Tanta cosa siniestra?
¿Quién puso al tiburón la triple fila
De sus dientes voraces?
¿Quién en secreto afila
Las garras de las fieras montaraces?
¿Quién erizó la zarza punzadora
Que el pie desnudo del mendigo araña?
¿Quién la naciente espiga bienhechora
En los brazos ahogó de la cizaña?
¿Quién á los ojos del insomne buho
Dió la atracción que al pájaro fascina?
¿Quién dirige de noche el triste dúo
Del lince y de la loba en la neblina?
¿Quién el veneno destiló en el pomo
De su cóncavo diente á la culebra?
¿Quién la virtud, cual frágil vidrio, quiebra?
¿Qué juez firmó, sellándolas con plomo,
Las sentencias que el báratro celebra,
Y su pluma infernal limpió en el lomo
Del tigre, del leopardo y de la cebra?
Si es Dios creador, y bueno, y soberano,
¿De dónde nace el mal?—¡Horrible arcano!

*

¡Nadie examina sin pavor, Dios mío,
Misterio tan tremendo y tan profundo!

Mas ¡no! cuando en tu luz el alma inundo,
Yo, á despecho del mal, en Ti confío.
El mal no es obra tuya: es el vacío
Que, donde faltas Tú, queda en el mundo!

Si el mundo, como Tú, fuera perfecto,
Su esencia con tu esencia fundiría,
Y tus obras quedaran sin efecto:
El mundo que tu mano formó un día,
Sólo puede existir siendo imperfecto.
La imperfección, que es ley de su existencia,
Á todas horas, por doquier, trasluce:
Sólo forzando su bastarda esencia,
        Tu sabia providencia,
De los senos del mal, el bien produce.

Si tu ardiente mirada no ilumina
        La cúpula del cielo,
La obscuridad sus ámbitos domina,
Y, entre los pliegues del nocturno velo,
Hacia la nada la creación camina;
Si de tu aliento bienhechor carece
        La selva enmarañada,
De efluvios deletéreos impregnada
La brisa nuestras fuerzas entumece,
Y la flor de la adelfa nos ofrece
Su purpurina copa envenenada;
Si tu mano las rocas no encadena,
Los altos montes desquiciados crujen;
Y si tu augusta voz no los refrena,
El león y el volcán furiosos rugen.

*

Y es bien, Señor, es bien que así suceda:
Sin el terror que en la conciencia queda
Tras los azares de la humana vida,

¿Quién habrá que atajar el vuelo pueda
De la soberbia, que en el alma anida
Como el ave nocturna en la arboleda?

¡Oh! Cuando de mi juicio temerario
Me aparta la razón, á luz más clara
Tu rigor considero necesario:
Si tu mano severa,
Cuando yerro, mi error no castigara,
¿En qué tu omnipotencia conociera?

Desde el primer sollozo de la cuna,
Sed de placer, ardiente, nos devora:
Cuanto el mundo en sus senos atesora
Pedimos por tributo á la fortuna;
Y cuanto bien gozamos
Bajo la esfera de la blanca luna
Obra de nuestro mérito juzgamos.
Desvanecido por la dicha el hombre,
Aunque los ojos torne á lo infinito,
No ve, Señor, tu sacrosanto nombre
Con viva luz en el zenit escrito:

Sus turbios ojos la soberbia empaña,
Cual polvo por el viento arrebatado;
Pero al fin te descubre, consternado,
Si ardiente el llanto sus pupilas baña.

El dolor es la espina punzadora
Que nos hace bajar la vista al suelo;
Pero, en las sombras del humano duelo,
Él es también la mano redentora
Que nos indica el cielo.
El dolor nos advierte
Que encima de esa bóveda estrellada
Hay un Dios justo y fuerte
Árbitro de la vida y de la muerte,
Señor del universo y de la nada.

No son dos dioses, no, como allá un día
Persia ciega creía;
Persia, que cuando el cielo contemplaba,
Dos poderes contrarios descubría:
Uno que las estrellas inflamaba,
Otro que las estrellas extinguía.

Sola una mano el universo mueve.
El aire que la nieve
Cuaja en las altas cimas de Moncayo
Es el mismo en que Mayo
Tibia la esencia de sus flores bebe:
Así también, sin ira ni desmayo,
La diestra que los mundos equilibra
Es la misma que el rayo
Sobre la frente de los mundos vibra.
Justo á un tiempo y clemente,
Dios la piedad con el rigor hermana:
Su cólera, volcán incandescente,
Confunde á veces la soberbia humana
Con hórrido aluvión de lava hirviente;
¡Pero, á su pie, la fuente
Del eterno perdón perenne mana!

*

Atribulado espíritu, ¡despierta!
Si á Dios acudes, la esplendente puerta,

Límite de los ámbitos del cielo,
Jamás cerrada encontrará tu anhelo:
¡Abierta está, de par en par abierta!

La puerta del abismo...
Ésa no la abre Dios: ¡la abres tú mismo!

*

¿Ni qué otro abismo que tu mente obscura?

Como arrastra el forzado su cadena,
Sujeta al pie, colgada á la cintura,
Oh conciencia, en tu lóbrega clausura,
Cada crimen arrastra en pos su pena.
No esperes, criminal, con ansia vana
Esquivar el fatídico escarmiento:
Si á veces duerme la justicia humana,
Tremenda la justicia soberana
Suscita el velador remordimiento.
¡En vano, en vano intentarás la huída!

Seguro, inevitable es el castigo;
Que, de ti propio acusador testigo,
Mientras dura tu vida,
Donde quiera que vayas, vas contigo!
En público y á solas,
¡Oh miserable criminal perverso!
Ya cuando ruge el huracán adverso,
Ya cuando braman las revueltas olas,
Temes por enemigo al universo;
Y, en el silencio de la noche, cuando
Vas por la obscura selva caminando,
Si alzas la vista al estrellado cielo,
Hondo pavor á tu conciencia inspiran
Esos ojos sin rostro que te miran
Entre las sombras del nocturno velo.
Como entra en lo profundo
De la cloaca vil precipitado
Fuliginoso cieno nauseabundo
Por la lluvia del cielo arrebatado,
Así, en negro aluvión, de horror preñado,
La nocturna tiniebla que á deshora
Con los rayos del sol barre la aurora

Se sume en la conciencia del malvado.
Espantosa caverna
Donde, á manera de nocturnas aves,
Tristes anidan las congojas graves,
Su alma vive bañada en noche eterna.

*

Mas si se vuelve á Dios con fe segura,
Dios en ella sus dones multiplica,
Y en luz la anega, y calma su amargura,
Y al fuego del dolor la purifica.

El dolor—¡oh misterio!—
El dolor no es el mal; ¡es el cauterio
Que á nuestra corrupción el Cielo aplica!

*

Corazón miserable, nunca dudes

De la bondad divina en tu impaciencia.
Con santa competencia
Brillan en Dios potentes dos virtudes:
Exentas de flaqueza y de sevicia,
Siempre ante la divina Omnipotencia
Resiste á la Clemencia la Justicia,
Mas vence á la Justicia la Clemencia.

¿Por quién tomas á Dios? ¿Por quién?—Su Esencia,
De toda perfección norma segura,
Su bondad evidencia:
Inmenso en su poder; su inteligencia
Más que la luz fulgura;
Y marchita se agosta en su presencia
Toda humana hermosura.

Á sus altos decretos
El tiempo y el espacio están sujetos.
Todo á sus santas leyes obedece:
Desde el astro que inmóvil resplandece
En la cúpula azul del firmamento,
Hasta el bólido raudo que parece

Gallardete de luz tendido al viento.
Todo á su augusto imperio se sujeta:
Hasta el vago cometa,
Que del cielo se pierde en lo profundo,
Ó junto al sol tremola
Tendida al éter la candente cola
Augurando catástrofes al mundo,
En su órbita encerrado le venera;
Y, si de ella se aparta vagabundo,
Dios, con su mano que en la sombra oculta,
Lo ataja en la mitad de su carrera,
Lo prende por la ardiente cabellera,
Y en los negros espacios lo sepulta.

Para su voluntad, todo es posible.

Para su comprensión, todo es pequeño;
Que, del ser y el no ser, árbitro y dueño,
Él torna en realidad lo inconcebible,
Y lo evidente, en sueño.—
¡Triste oprobio de humanas vanidades!
De unas á otras edades,

Sombras ayer, mañana resplandores,
Las antiguas verdades son errores,
Los antiguos errores son verdades.
Sólo es segura, oh Dios, tu inteligencia:
Ciega y muda ante Ti, borra la ciencia
        La página que ha escrito.
En tu mente se anega lo infinito;
La eternidad se encoge en tu presencia.

Tu hermosura pregona el firmamento:
        Ante tu dulce aliento,
        Efluvio pestilente
Despiden los fragantes cinamomos;
Y los rayos del sol resplandeciente,
Ante los rayos de tu excelsa frente
Dicen temblando:—«¡Oh Dios! ¡tinieblas somos!»

*

        Y á esa Esencia divina,
Que en sí la plenitud del bien encierra,

¿Puede faltar, oh amor, tu peregrina
Lumbrera, que ilumina
Los ámbitos del cielo y de la tierra?

¡Oh dulce ley forzosa!
¿Qué es el amor, qué es el amor, Dios mío,
Sino el lujo del ser en quien rebosa
Vida, fuerza, valor y poderío?

¡Fuerza! ¡Amor! ¡Dos palabras
Que un solo bien acordes significan!

Tú, amor, con tu poder el mundo labras;
Tus alientos los orbes vivifican;
Por tu saeta herido,
Su trino el ruiseñor alza en la olmeda;
Por ti el águila enreda
Sobre el alto peñón su tosco nido;
Por ti el lirio campestre
Segrega el dulce aroma de su estambre;
Por ti zumba el enjambre
Que agota el zumo al romeral silvestre;

Á tu hálito fecundo,
Se inunda en lluvia de placer el mundo:
Despide la violeta su fragancia,
Rebosa la colmena, su tesoro
La vid nudosa en el lagar escancia,
Y la granada espiga, en letras de oro,
Repite por los campos:—«¡Abundancia!»

¡Oh amor, oh amor, tu diestra omnipotente
Los astros á los astros eslabona!
Tú ciñes con tus manos á la frente
De la noche su espléndida corona:
Sin tu tierno latido
Que conmueve los átomos, perdido
El dulce efluvio que entre sí se envían,
Como el diamante en el crisol fundido
Los astros á la nada volverían.

Tú, más casto, más puro,
Á más sublime condición nos llevas
Si el alma humana misterioso elevas
Mostrándole en el cielo el bien futuro:

Tú solitario habitas
El obscuro rincón de las ermitas
Perdidas en los páramos desiertos;
Tú en el retiro y la oración marchitas
Las frentes de los santos cenobitas
Que ruegan por los vivos y los muertos.

¡Oh universo, hervidero de la vida,
Fuente perenne que á torrentes manas,
Tú, en unión por el cielo bendecida,
Fuerza y amor hermanas!
Por más que el hombre su sentido tuerza,
FUERZA y AMOR, en ti como en el hombre,
Un bien expresan con distinto nombre;
Y fuerza es el amor, y amor la fuerza.

*

Y, siendo Dios la Fuerza Omnipotente
Que el mundo esparce, como esparce el prisma
Los colores del sol resplandeciente,

¿No ha de ser el Amor su Esencia misma?

Señor, que en tu infinito poderío
El universo riges con tu dedo,
Sólo de tu piedad duda el impío:
¡No cabe en Ti, Dios mío,
La cobarde crueldad hija del miedo!
Mal tu poder comprende
Quien teme que piadoso lo desdores:
¡El hombre cuyo pecho el odio enciende,
Es quien tu gloria ofende
Consagrando en tus aras sus rencores!

*

¡Alienta, corazón! La Omnipotencia
No puede ser cruel: el Fuerte es Bueno,
Y no hay bondad cumplida sin clemencia.

Señor, si al hombre que, de dudas lleno,
Doblando la rodilla,

Bajo tu potestad la frente humilla,
Rechazaras airado de tu seno;
Si con juicio sereno
Condenaras su flaca inteligencia
Por no alcanzar misterios de tu Esencia;
Si, de piedad y compasión ajeno,
Descargaras en él tu airada mano,
Y en su error te ensañaras vengativo,—
Yo mísero mortal, yo vil gusano,
Yo, que más generoso te concibo,
Fuera mejor que Tú, Dios soberano!

¡No!: mi mente turbada
Podrá errar si tu Esencia considera;
Mi inteligencia dudará ofuscada,
Pero mi corazón seguro espera.
Y es tan viva esta fe, que si del cielo
Viera hundirse la bóveda estrellada
Y los mundos volver en corvo vuelo
Á los lóbregos senos de la nada,—
Del negro espacio en la región vacía,
Transido de pavor, mudo de espanto,

¡Dios clemente, Dios santo,
Yo en tu inmensa bondad esperaría!

¡Oh! Cuando el alma hiere
La luz que en tu mirada centellea,
No hay un átomo en mí que en Ti no crea,
No hay un átomo en mí que en Ti no espere;
Y, ciego con los vívidos destellos
Que ofuscan mi turbada fantasía,
Á expresarte mi amor no alcanzaría
Si lenguas se tornaran mis cabellos!

*

Este férvido amor que á Dios se lanza
Buscando lo perfecto en lo absoluto;
Esta firme esperanza
Que robustecen el dolor y el luto;
Esta fe poderosa
Que ilumina las sombras del misterio,
Hablan al corazón en cada fosa

De tu recinto, ¡oh mudo cementerio!

Por eso, con la mente obscurecida,
Pero con la conciencia despejada;
Cansado de la vida,
Pero á vivir el alma resignada;
Fiel á Dios y á la esposa
Que en ti cayó desde mis brazos yerta,
Y en tu seno esperándome reposa,
¡Oh muda tumba solitaria y fría
Donde ni un eco mi clamor despierta,
Yo, al expirar la luz de cada día,
Sin miedo y con amor llamo á tu puerta!

Enero y Febrero de 1880.

HUMILDAD

—

*

Pensamiento, que al cielo subes y subes,
Mira bien no te pierdas entre las nubes.
Pliega, pliega las alas, amaina el vuelo,
Pensamiento que altivo subes al cielo.
No te arrebate loca la humana ciencia:
Los consejos atiende de la prudencia;
Escucha á los que, en alas de su ardimiento,
Cruzaron las regiones del vago viento,

Y verás que encontraron—¡triste enseñanza!—
Fallidas las promesas de su esperanza.

*

Del éter en la triste región inerte,
Acechando á la vida vela la muerte.
Conforme de la tierra se va elevando
El hombre, de la vida se va apartando:
En los altos espacios—¡raro portento!—
Falta luz á sus ojos, aire á su aliento;
Sudor de sangre baña su torva frente;
Vértigos tenebrosos cruzan su mente;
Sus miembros relajados embarga el frío:
¡Todo es calma, silencio, sombra, vacío!

*

Tal es también la suerte del hombre vano
Que penetrar intenta lo sobrehumano:

Cuando á inquirir misterios de Dios se lanza,
Cuanto más alto vuela, menos alcanza;
Y cuanto más invoca su estéril ciencia,
Más confunde su orgullo la Omnipotencia.

*

Pliega, pliega las alas, amaina el vuelo,
Pensamiento que altivo subes al cielo.
Mejor á Dios te elevas cuando te humillas:
¡Nunca es más grande el hombre que de rodillas!

CITACIÓN

—

Cuando un muerto, en hombros,
Llevan á enterrar,
Me parece que con la cabeza
Llamándome va.

«Vete en paz»—le digo;—
«Vete, y duerme en paz;
»Que á esa cita, más tarde ó más pronto,
»Nadie ha de faltar.»

MENSAJE

—

Ángel santo de mi guarda,
Tú que sabes mi aflicción,
Dame nuevas de mi esposa,
Que en el cielo está con Dios.

Hace un año que la llamo,
Que la llamo en mi dolor,
Sin que logren ver mis ojos
Su celeste aparición;

Pues por más que compasiva
Ella acude á mi clamor,
Las tinieblas que me ciegan
No me dejan verla, ¡no!

Sólo siento el dulce halago
De una santa inspiración,
Y una voz que sin palabras
Habla muda en mi interior;

Pero aquel bendito influjo
Se disipa tan veloz,
Que á dudar el alma vuelve
Si es verdad ó es ilusión.

Díme tú, que allá en el cielo
Ves su faz y oyes su voz,
Si se duele de mi pena,
Si se acuerda de mi amor,

Si me guarda el santo afecto
Que ante el ara me juró,
Y si á Dios ofrece unida
Su oración con mi oración;

Que yo sé que si en el cielo
La memoria no perdió,
No me falta en mis congojas
Quien por mí ruegue al Señor.

Díle, díle, por tu vida,
Que en mi amarga turbación,
Ni aun me curo de aquel ángel
Que al morir me encomendó.

Díle tú que el pobre niño,
Compartiendo mi aflicción,
Triste vive y macilento
Desde que ella nos dejó;

Porque son mis desventuras
Aguas turbias de aluvión,
Que al mortal que de ellas bebe
Le marchitan el color.

Embargada tengo el alma
De una vaga sensación
De inquietud y desaliento,
De cansancio y estupor.

Mi alimento son las penas,
Mi consuelo es la aflicción,
Las vigilias son mi sueño,
Mi placer es el dolor.

Ni me agrada selva umbría,
Ni jardín que tenga flor,
Ni ramblar que riegue el agua,
Ni lugar que alumbre el sol;

Ni me incitan los placeres,
Ni me ofusca el esplendor,
Ni la gloria me cautiva,
Ni me tienta la ambición;

Que grandezas y venturas
De este mundo engañador,
Si ofrecérselas no puedo,
¡Para qué las quiero yo!

CUATRO TABLAS

Lujosa ó pobre, ligera ó grave,
Desde que naces hasta que mueres,
De cuatro tablas consta la nave
Donde te embarcas sin inquietud:

Una es el timbre de tus honores,
Otra es la mesa de tus placeres,
Otra es el lecho de tus amores,—
Y otra la tapa de tu ataúd.

Á MEDIA NOCHE

Quizá serán delirios de mi locura,
Ó fantasmas que engendra la noche obscura;
Pero—cuando, rendido tras larga vela
En que al alma doliente nada consuela,
Derramando en mis sienes letal beleño,
Mis párpados cansados entorna el sueño,—
Por las lóbregas sombras, ó desvarío,
Ó unas alas se agitan en torno mío.

En medio del letargo que me domina,
Un rayo misterioso mi alma ilumina;
Y, entre las vagas ondas del aire vano,
Una visión distingo de rostro humano:
Visión fascinadora que infunde al alma
Esperanza y consuelo, quietud y calma.
Dulce expresión le prestan y aspecto santo
Una cándida toca y un negro manto,
Y su pálida frente leve rodea
Una blanca aureola que centellea.
Considera piadosa mi amargo duelo;
Con la mano tendida me muestra el cielo;
Y su voz, como brisa de primavera,
Dulce y mansa me dice: «¡Sufre y espera!»

*

Yo conozco el aliento de aquella boca;
Yo conozco aquel manto y aquella toca,
Desde una triste noche que, delirando,
Á la luz de unos cirios pasé velando:

¡Triste noche solemne, triste velada
Que dejó el alma mía regenerada!

*

Dulce voz que me alientas en mi agonía,
¡Ay de mí si cesaras de hablarme un día!
Por tus santas palabras, que fiel venero,
Resignado á mi suerte sufro y espero;
Por ti, por ti la mano de Dios bendigo,
Que imparcial nos reparte premio y castigo;
Por ti me postro humilde bajo esa mano;
Por ti soy religioso, por ti cristiano.
Dios, que sabe la historia de mi tormento,
Por ti en mis amarguras me infunde aliento.
Dulce voz misteriosa que tanto alcanzas,
Dulce voz que reanimas mis esperanzas,
Nunca niegues tus ecos al alma mía;
Que ¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!

ANIVERSARIO

Hoy hace un año que, al morir el día
Con la luz del crepúsculo incolora,
Aquí, donde doliente gimo ahora,
Á un tiempo comenzó nuestra agonía.

Breve la tuya fué; pero la mía,
Que el corazón y el alma me devora,
Prolongándose lenta de hora en hora
Dura al cabo de un año todavía.

Cuando de mi perdido bien me acuerdo
Y á medir mi desdicha el juicio alcanza,
Transido de dolor, el juicio pierdo;

Y abatido descubro en lontananza
Tus amores por único recuerdo
Y la muerte por única esperanza.

26 de Junio de 1880.

VALLE-HERMOSO

—

Valle-Hermoso, Valle-Hermoso,
¡Qué mal tu nombre te cuadra!
Ni ramas te prestan sombra,
Ni flores tu suelo esmaltan.

Inmunda charca es tu fondo,
Yermos collados tus bandas,
Que el cierzo hiela en invierno,
Que el sol en verano abrasa.

Ni las aves te visitan,
Ni te conocen las auras,
Ni en la arena de tu suelo
La oveja su huella estampa.

Tu música son los golpes
Del martillo y la almadana
Con que el adusto cantero
Tosco granito desbasta;

Y tus aromas y esencias,
Los insalubres mïasmas
De dos fétidos tejares
Que densa humareda exhalan.

Valle-Hermoso, Valle-Hermoso,
¿Por qué á tu estéril comarca,
Cuando triste muere el día,
Triste dirijo mi planta?

¿Qué irresistible atractivo,
Qué oculto misterio guarda
Para mi errabunda mente
Tu arena inhospitalaria?

¡Ay! que en la mustia colina
Que tus términos señala,
Cipreses de un cementerio
Las negras copas levantan;

Y, en el muro que los cerca,
Breve blanquecina mancha
Con poder irresistible
Ya es imán de mis miradas.

No es mucho ¡ay de mí! no es mucho
Que á ti el corazón me traiga:
¡No es mucho, que tengo amores
Ocultos tras esas tapias!

Si lo dudas, Valle-Hermoso,
Testimonios no me faltan:
Díselo tú, vida mía,
Díselo tú que me aguardas.

Díle, díle cuántas veces,
En vigilia solitaria,
De rodillas á esas puertas
Logró sorprenderme el alba.

Díle que por tus amores
Las tinieblas no me espantan.
Ni las lluvias me intimidan,
Ni las nieves me acobardan;

Que aquí mi afán se mitiga,
Y aquí mi mente se explaya,
Y aquí mis dichas se encierran,
Y aquí mora mi esperanza.

Ya estos sauces me conocen
Y estos cipreses me llaman,
Y estos senderos conservan
La señal de mis pisadas.

Lindero es ya de dos mundos
La losa que nos separa:
Tú, en uno, duermes sin vida;
¡Yo, en otro, velo sin alma!

Enero de 188'.

DESDE EL PROMONTORIO

En la Magdalena,
Cerca del Puntal,
Donde acaba el puerto
Y entra la alta mar,

Sobre el promontorio
Que al estrecho da,
Las revueltas olas
Me paré á escuchar.

Desde allí los ojos,
En la soledad,
Horizonte inmenso
Logran dominar.

Cuadro inquieto y vario,
De mudable faz,
Siempre parecido,
Pero nunca igual:

Olas encrespadas
Que avanzando van;
Blancos hervideros
Que alza el vendaval;

Crestas infinitas,
En que ofusca á par
De lo innumerable
Lo descomunal;

Pálidas neblinas
Que á la costa dan
Algo de ilusorio,
Mucho de espectral;

Nubes que semejan
Cráter de volcán;
Lívidos destellos
En su obscuridad;

Blancas gavïotas
Que, con vuelo audaz,
Las turbadas ondas
Rasan al pasar;

Vaga transparencia,
Negra opacidad,
Que en el agua inquieta
Cambian de lugar;

Monstruos que el abismo
Lanza horrible al haz
De la mar que vela
Su profundidad;

Ásperos efluvios
De alga y ova y sal,
Varonil aliento
De la tempestad;

Brumas desgarradas
Por el huracán;
Velas que se pierden
En la inmensidad;

Inquietud perpetua,
Perdurable afán:
Nunca el agua en calma,
Nunca el viento en paz;

Y al lejano extremo
De esta enormidad,
Tras el velo tenue
De vapor fugaz,

Inmutable, fija,
Luenga, colosal,
Lisa, llana y triste
Como la verdad,

Entre mar y cielo
Línea horizontal,
Que parece el linde
De la eternidad.

En las hondas cuevas
Que á mis pies están,
Eco del abismo,
Grito sepulcral,

Queja que á las olas
Clama sin cesar:
«¿Cuándo vuestro embate,
Cuándo cesará?»

Mientras las rompientes
Con furor tenaz
Roncas le responden:
«¡Oh! ¡jamás! ¡jamás!»

Ante aquella lucha
Ciega y pertinaz,
Me embargó la mente
Vértigo infernal.

Aparté la vista,
Retiré la faz;
Y, al cerrar los ojos,
Descubrí otro mar:

Mar donde se funden
Sueño y realidad,
Y lo inverosímil
Es lo natural;

Mar donde terribles
Turban toda paz
Las eternas luchas
Entre el bien y el mal:

Lánguidos desmayos
De la voluntad;
Voz de la esperanza,
Siempre desleal;

Sombras de la duda,
Luz de la verdad;
El dolor perenne
Y el placer fugaz;

¡Y es que al duro embate
De la adversidad,
Ver el alma humana
Siempre es ver el mar!

Julio de 1881.

EN TODAS PARTES

En vano me resisto á la evidencia:
Desde el astro hasta el átomo infecundo,
Una mano inmortal gobierna el mundo,
Y un Ser lo vivifica con su esencia.

En vano, por huir de su presencia,
Los ojos á la luz cierro iracundo:
¡Mejor lo veo, con terror profundo,
En el fondo leal de mi conciencia!

Doquiera, oh Dios, que audaz me precipito,
Tu Ser, de todo ser límite y centro,
Lo eterno agota y llena lo infinito:

En el mundo, en el alma—¡fuera y dentro!—
¡Ay! ¡cuanto más te encuentro, más te evito,
Y cuanto más te evito, más te encuentro!

¡TRES AÑOS!

—

Pasa un día y otro día,
Pasa un mes tras otro mes:
Tanto tiempo va pasando,
Que contarlo ya no sé.

Filtración que gota á gota
Sobre un risco da en caer,
Grano á grano lo deshace
Y horadado al fin lo ve.

¡Pensamientos de mi mente,
Gotas sois de amarga hiel!
¿De qué roca tengo el alma
Que aun entera dura en pie!

Tres años llevo, tres años
De penar y padecer:
¡Lo que en ellos he sufrido,
Dios lo sabe y yo lo sé!

Dulce esposa de mi alma,
Sin tu amor, que fué mi bien,
Triste y árida es mi vida
Como copa de ciprés.

De llorar mi desventura,
Ciego al fin me quedaré:
¿Para qué quiero los ojos,
Si tu rostro no han de ver!

26 de Junio de 1882.

EL SAUCE Y EL CIPRÉS

(Á CARLOS CANO, EN LA MUERTE DE SU HIJO)

*

Llevo tanta amargura dentro del alma,
Que de mí en vano esperas consuelo y calma;
Y, aunque á llorar contigo tu cuita vengo,
Mal puedo darte, Carlos, lo que no tengo.

Cuando de luto un pecho la muerte llena,
Lo que dura la vida dura la pena.

Recibe resignado la que hoy te aflige:
Los hombres las merecen; Dios las elige.
Por más que nos amarguen, todas son buenas:
¡Á ser de nuestro gusto, no fueran penas!

Yo, que llevo la mía muda en mi pecho,
Todo consuelo humano de mí desecho:
Aceptándola humilde sin resistencia,
Las horas le consagro de mi existencia;
Y no diera este amargo dolor profundo
Por todos los placeres que ofrece el mundo.

*

Cuando vierte la tarde sombra y misterio,
Penetro en el recinto del cementerio.
Allí, donde perpetua reina la calma,
Silenciosos y tristes hablan al alma

El sauce, cuyas hojas besan el suelo,
Y el ciprés, cuya punta señala el cielo.
Allí, con mudas voces á su manera,
El uno dice:—«¡Llora!», y el otro:—«¡Espera!»

*

Dice el sauce:—«Este suelo duro y helado
Para siempre te roba lo que has amado.
Aquel ser dulce y bueno que tu alma llora,
De polvo fué formado; polvo es ahora.
Ya no enreda sus manos en tu cabello,
Ni sus brazos amantes ciñe á tu cuello;
Ya, en tus horas de angustia, con beso ardiente
No se posan sus labios sobre tu frente;
Ya de aquella mirada dulce y tranquila
No se filtran los rayos en tu pupila:
Ya son sus bellas manos yertos despojos;
¡Mudos están sus labios, ciegos sus ojos!
De polvo fué formado; polvo es ahora.
Sueño fueron tus dichas. ¡Ay! ¡Llora! ¡Llora!»

*

Dice el ciprés:—«No inclines la vista al suelo:
¡Los ojos y la mente levanta al cielo!
Lo que esa tierra cubre fué vil escoria:
Hoy, libre de ella, el alma vive en la gloria.
Vive; y, de tus acciones mudo testigo,
En tus noches de insomnio vela contigo.
Si en ruines pensamientos tu alma se anega,
Ella, ante Dios postrada, por ti le ruega;
Y, cuando el bien al cabo triunfa en tu pecho,
Sus dos alas extiende sobre tu lecho.
Velando en torno tuyo constante gira,
Y el mal de tu alma ahuyenta y el bien te inspira;
Y, ciñendo á tus sienes letal beleño,
Con el dedo en el labio te guarda el sueño.
Hombre, eleva los ojos á la alta esfera:
Allá van los que vencen. ¡Espera! ¡Espera!»

*

Así, cuando la tarde desciende en calma,
Silenciosos y tristes hablan al alma
El sauce, cuyas hojas besan el suelo,
Y el ciprés, cuya punta señala el cielo.
Así, con mudas voces, á su manera,
El uno dice:—«¡Llora!», y el otro:—«¡Espera!»
Y yo, que los designios de Dios venero,
Resignado y humilde, lloro y espero.

1884.

RELIQUIAS

—

Guardo en un sencillo armario
Que con tu nombre sellé,
Tus vestidos, tu rosario
Y el viejo devocionario
Que al casarnos te entregué;

Marchitos ya los colores
Que á tu ventana lucieron
En otros tiempos mejores,
Guardo allí también las flores
Que á la par de ti murieron;

Y entre objetos tan amados,
¡Dolores del alma mía!
Revueltos y enmarañados,
Tus cabellos, impregnados
Del sudor de tu agonía.

Llorando á solas conmigo,
Por dar alivio á mi afán
Yo los beso y los bendigo:
Cuando me entierren contigo,
Con ellos me enterrarán.

De tan largo padecer
Estoy macilento y cano:
Cuando me vuelvas á ver,
Si no los llevo en la mano
No me vas á conocer.

SEMPER ET UBIQUE

— —

De las estrellas blasfemé iracundo,
Por blasfemar de Dios hasta en sus huellas;
        Y, huyendo de Él y de ellas,
        Me arrojé á lo profundo;
¡Y ahondé!... ¡y ahondé!...—¡Y, atravesando el mundo,
Hallé sobre mi frente las estrellas!

———————

INSOMNIOS

—

Ella mitiga mi pena;
Ella mis faltas perdona;
Ella mi mente serena:
Mi Dolores es tan buena
Que ni aun muerta me abandona.

Yo, que á par del bien que espero
Mundo y vida tengo en poco,
Con profundo amor sincero,
Como á un ángel la venero,
Como á una santa la invoco;

Y ella, si en negro crespón
Á envolver la duda alcanza
Mi vacilante razón,
Me ilumina el corazón
Con un rayo de esperanza.

En estas noches sin sueño,
Cuando tenaz y traidora,
Neutralizando el beleño,
Me agita con duro empeño
La fiebre devoradora;

Cuando, aguardando impaciente
La luz del cercano día
Que aun no despunta en Oriente,
Siento correr por mi frente
Sudores de la agonía;

Mientras implacable y fiera
Se acerca á pasos traidores
La muerte á mi cabecera,
La sombra de mi Dolores
Es mi mejor enfermera.

¡Cuántas veces, á mi cita,
Conmigo viene á velar
Esa aparición bendita,
Sin cuyo amparo, en mi cuita,
Nunca puedo descansar!

Como niebla misteriosa
Penetra en mi habitación;
Su mano en mi pecho posa,
Y su sonrisa piadosa
Me dilata el corazón.

Por el cuello me echa el brazo,
Con el labio me alza el ceño,
Y en ese místico abrazo,
Sobre su dulce regazo
Logro conciliar el sueño.

Santa sombra bienhechora
Que siempre á mi lado hallé
Compasiva y protectora,
¡Sostén mis pasos ahora
Que pongo en la tumba el pie!

¡Ciñe á mi sien el beleño
Que calma toda ansiedad;
Y así, en deliquio halagüeño,
Duerma yo contigo el sueño
Que dura una eternidad!

Enero 1886.

Á LA MUERTE

—

Yo te saludo, oh Muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta; no castigo,
Sino don de su mano bienhechora.

Oh de un día mejor celeste aurora,
Que al alma ofreces perdurable abrigo,
Yo tu rayo benéfico bendigo,
Y lo aguardo impaciente, de hora en hora.

¡Ante las plagas del linaje humano,
Cuando toda virtud se rinde inerte,
Cuando todo rencor fermenta insano,

Cuando al débil oprime inicuo el fuerte,
Horroriza pensar, Dios soberano,
Lo que fuera la vida sin la muerte!

DESALIENTO

Al cabo de seis años de agonía,
Todo me cansa ya, todo me hastía:
Hasta el llanto, que un tiempo me alivió.
Lleno estoy de estupor y de pereza,
Como el que al alba su jornada empieza
Y el sueño en larga noche no probó.

En mi ánimo confuso y turbulento,
Siempre, de pensamiento en pensamiento,
Tu dulce imagen vaga sin cesar,
Como en noche callada, triste y sola,
Melancólica vaga, de ola en ola,
La imagen de la luna sobre el mar.

Yo sé que Dios con su hálito podría
En el fondo leal del alma mía
Borrar tu imagen y extinguir mi amor.
May ¡ay! para mi espíritu abatido,
Á las lóbregas sombras del olvido
Prefiero el triste rayo del dolor;

Que si es terrible el ronco mar violento,
Cuando agitadas á merced del viento
Las verdes olas reventando van,
Más me horroriza el agua que, estancada,
Por el árido cierzo congelada,
Resiste inalterable al huracán.

Sé que la saciedad la pena embota;
Sé que, abusando, hasta el dolor se agota;
Sé que nada es eterno: ¡ni el amor!
Por eso, conteniendo el triste lloro,
Conservo mi ansiedad como un tesoro
Y como un beneficio mi dolor.

La vida sobre mí terrible pesa;
Y, entretanto, en el fondo de la huesa,
Sordo tu cuerpo á mi gemido está.
Mas nada hay fijo en la inconstante suerte:
Si hoy nos separa sin piedad la muerte,
La muerte al fin á unirnos volverá.

FE

—

Todo, Señor, publica tu existencia;
Todo tu gloria canta;
Y, si todo enmudece, la conciencia
Tu imagen agiganta.

Su fe te rinde el hombre en quien despiertas,
Ya esperanzas, ya angustias;
Su olor te dan las rosas entreabiertas
Y las violetas mustias.

Tu alabanza pregona con su arrullo
La tórtola en la olmeda,
Y una oración te eleva en su murmullo
La trémula arboleda.

Nadie, Señor, tu enojo desafía
Ni tu ira desconoce,
Y, al quererte burlar, la hipocresía
Tu imperio reconoce.

El malo, como el bueno, al invocarte
Se somete á tu yugo;
Y aspiran á ponerte de su parte,
Ya el mártir, ya el verdugo.

Á ti claman, Señor, la plebe opresa
Y el déspota vencido:
Tu auxilio imploran el león sin presa
Y el ruiseñor sin nido.

Todos á tu poder se supeditan,
Y, besando tu huella,
Todos, Señor, tu amparo solicitan,
Con razón ó sin ella;

Y, si airado nos vuelves el semblante
Con ceño furibundo,
Trepida como un seno palpitante
La redondez del mundo.

¡Sólo el sabio á dudar de ti se atreve!
¡Él, con saña ferina,
Ciego escupe á la fuente donde bebe
Y al sol que le ilumina!

No estudia el libro que á Moisés pasmado
Tu almo labio dictaba,
Ni el otro donde Newton admirado
Tu nombre descifraba.

Haciendo escarnio de la fe sencilla,
No sabe—¡oh vil recelo!—
Ni doblar en la tierra la rodilla,
Ni alzar la frente al cielo.

Si halla claras tus huellas inmortales,
Blasfemando se aleja.
Ve la miel rebosar en los panales,
¡Y aun duda de la abeja!

Julio de 1888.

OFRENDA

Emblema del dolor y la amargura
Que en mi pecho dejó la suerte esquiva,
Esta flor, siempre viva,
Consagro á tu tranquila sepultura.

Nació en los campos ignorada y sola;
Su amarilla corola
No arrebató al jazmín la esencia pura,
Ni al nardo la frescura,
Ni al clavel los colores encendidos:
No halaga los sentidos;
¡Pero tenaz sin marchitarse dura!

26 de Junio de 1888.

NOSTALGIA

Un cántico de amor y de esperanza
Hierve en mi ardiente pecho:
Á ti, Señor, mi espíritu lo lanza,
En lágrimas deshecho:

Á las flores el llanto de la aurora
Da vida en el estío:
Las lágrimas de amor que el hombre llora,
Del alma son rocío:

¡Bendito Tú, Señor, que tal mudanza
Diste á la pena mía,
Tornando en dulces horas de esperanza
Mis horas de agonía!

En éxtasis divino arrebatado,
Crece mi ardiente anhelo
Cada vez que contemplo, embelesado,
Ese libro del cielo.

Leyendo lo que en él tu mano ha escrito,
Hora paso tras hora.
¡Siento una sed ardiente de infinito
Que el alma me devora!

*

¡Quién pudiera volar hasta esa esfera
De luz y de armonía!
¡Un alma, un alma amante allí me espera,
Que hermana es de la mía!

Desde que ella voló, yo aquí cautivo,
Su ausencia estoy llorando:
¡Nueve años hace que sin alma vivo,
Por ella suspirando!

¡Á ti, callada tumba, á ti mi frente
Macilenta se inclina,
Como el ave del páramo á la fuente
Del agua cristalina!

¡Cuerpo, baja al sepulcro, que te espera
Como el mar á la nube!
¡Alma, remonta el vuelo á la alta esfera!
¡Sube á los cielos, sube!

9 Agosto de 1888. Á media noche.

RECUERDO

¡En mis brazos murió! Boca con boca,
Bebí anhelante su postrer aliento,
Que, aumentando por grados mi tormento,
Desde entonces el alma me sofoca.

Yo mismo la vestí. Mudo cual roca,
Sin lanzar un gemido ni un lamento,
Cumpliéndole un sagrado juramento,
Negro manto le puse y blanca toca.

Hoy, cuando la amargura me enloquece,
Una dulce visión de aspecto santo
Con hábito monjil se me aparece.

Compasiva me mira; y cuando el llanto
Mis párpados cansados humedece,
Las lágrimas me enjuga con su manto.

FUENSANTA



I

ANTE SU FÉRETRO

Fué dulce como una poma,
Granada como una espiga,
Guardosa como una hormiga,
Mansa como una paloma;

Dió consuelo á todo afán,
Dió á toda orfandad abrigo;
Ni su pan negó al mendigo,
Ni ociosa comió su pan;

El bien buscó sin reposo,
Siempre en Dios la mente fija;
Fué hermana para su hija,
Fué madre para su esposo;

Y de virtud singular
Dejando ejemplo á los dos,
Hoy ante el trono de Dios
Es su santa tutelar.

No es necesario nombrarla;
Nombrarla fuera ofenderla:
¡Quien una vez llegó á verla,
Con nadie ha de equivocarla!

10 de Febrero de 1890.

II

UN AÑO DESPUÉS

Á Antonio Grilo.

Hoy hace un año que tu bien perdiste:
Doce hará pronto que perdí yo el mío;
Y desde entonces, con profundo hastío,
El alma llevo solitaria y triste.

No esperes que la calma reconquiste
Tu pobre corazón doliente y frío,
Ni que llene su báratro sombrío
Cuanto en el mundo material existe.

Tanto como el vivir dura esa cuita;
Y eterno fuera nuestro ardiente anhelo
Si el alma, cuando atónita medita,

Sólo encontrara en el obscuro cielo
Esa serie de ceros infinita
Que describen los astros con su vuelo.

10 de Febrero de 1891.

—— ———

LAS CAMPANAS

Hay en el campanario cuatro ventanas,
Y en ellas suspendidas cuatro campanas.
Con voz aguda á veces y á veces grave,
Cosas hablan que el labio decir no sabe;
Pero, si atento escucho, bien pronto advierto
Que unas tocan á gloria y otras á muerto.

Dicen las dos menores: «¡Cantad victoria!
¡Hoy el alma de un niño vuelve á la gloria!»
Dicen las dos mayores: «Hoy, muda y grave,
Va un alma desprendida... ¿Dónde?—¡Quién sabe!»
Y así alternando tocan, en turno incierto,
Unas veces á gloria y otras á muerto.

Yo sé que, ya remotas ó ya cercanas,
Siempre he de oir las voces de las campanas;
Mas ¿quién sabe, en su turno, siendo tan vario,
Qué tocarán los bronces del campanario?
Yo, por más que medito, jamás acierto
Cuándo ha de ser á gloria ni cuándo á muerto.

¿Qué importa! En los espacios desvanecido,
Su clamor siempre es eco de algún gemido:
Recordando en qué para la humana escoria,
Siempre al mundo repiten la misma historia;
Y, ya alegres, ya tristes, ello es lo cierto
Que, aunque toquen á gloria, tocan á muerto.

Febrero de 1889.

ASPIRACIÓN

—

*

Yo esperaba que Dios me dejaría
Gozar la paz de la vejez contigo,
Y que el sol de tu invierno me daría
Serena luz y bienhechor abrigo.

Yo esperé que la diestra soberana
Nos diera, en medio del tumulto humano,
Pasar como un hermano y una hermana
Caminando cogidos de la mano.

Yo esperé que corrieran nuestras vidas
Como van por oteros y por lomas
De dos en dos las tórtolas unidas,
De dos en dos unidas las palomas.

¡Oh mezquina esperanza malograda!
Hoy me deja el Señor, sordo á mi ruego,
Tras una juventud atropellada,
Una vejez sin calma y sin sosiego.

¡Oh amor, fruto que tarde te sazonas!
Tu acidez, tu aspereza, tu amargura
Diste á mi juventud;—y hoy me abandonas:
¡Hoy que empecé á gozar de tu dulzura!

¡Oh Dolores, oh esposa, oh compañera,
Consuelo de mi espíritu afligido,
Perder tu amor, que fué mi vida entera,
Es perder ¡ay de mí! cuanto he vivido!

Por eso, en mi dolor, con ruego vano,
Pronunciando tu nombre miro al cielo,
Y, sordo á todo llamamiento humano,
Morir, sólo morir, doliente anhelo.

*

En vano me repiten que es locura
Tanto amor, tanta fe, tanta constancia;
Que el dolor, si su alivio no procura,
Más que duelo es estéril arrogancia;

Que es heno toda carne, sueño breve
Toda vida, ilusión todo contento,
Toda humana esperanza nube leve
Disipada al furor del ronco viento;

Que es sacrílego el hombre si no inclina
La frente ante la diestra soberana,
Y que acatar la voluntad divina
Es la primera obligación humana.

Yo los dejo decir, y, en mi agonía,
Resignado recibo su sentencia:
Ellos saben allá su teología;
Yo no sé más que amar: ésa es mi ciencia.

Yo sólo sé decir que no me es dado
Sufrir sin queja tan profunda herida,
Y que es triste marchar solo y cansado
Por el árido yermo de la vida.

¿Decís que el tiempo calmará mi duelo
Y el eco extinguirá de mi querella?—
Pues bien, por eso sucumbir anhelo:
¡Porque quiero morir pensando en ella!

*

¡Oh! mal conoce, quien me pide calma,
Á ese Dios, cuyo santo nombre invoca,
Á ese clemente Dios que llena el alma
De amor y llanto cuando en ella toca.

¡Oh! mal conoce el ignorante sabio
Al que, por dar remedio á nuestra herida,
Valeroso á la hiel aplicó el labio
Y en prueba de su amor nos dió su vida;

Al que encendió la redentora llama
Que el bien acendra y santifica el duelo;
Al que nos dijo:—«Amaos como os ama
Vuestro Padre inmortal que está en el cielo»;

Al que, en prenda de amor sacrificado,
El amor infinito reverbera,
Y, al duro leño de la cruz clavado,
Con los brazos abiertos nos espera.

No puede, oh Dios, tu voluntad sagrada
Querer que en sus congojas y pesares
Olvide el corazón la fe jurada,
La fe jurada al pie de tus altares;

Ni que amores ante ellos prometidos
Sean, como en las fieras, en nosotros
Apetito brutal de los sentidos
Que, agotado un manjar, se ceba en otros.

Tiene tu libro, que en el alma imprime
Consuelo para todos los pesares,
Un cantar que por tierno y por sublime
Se apellida el *Cantar de los Cantares;*

Y aquel idilio, que en acción sucinta
Recónditos misterios nos declara,
Cuando el amor de Dios y el alma pinta,
Al de esposo y esposa lo compara.

¿Cómo ha de ver mi amor con ceño duro
Quien lo ensalzó con símil tan hermoso?
Ni ¿cómo has de execrar amor tan puro
Tú que eres todo amor, Dios bondadoso!

Tan grande es tu ternura sin falsía,
Que nunca en vano la invocó mi anhelo:
Al pronunciar tu nombre, de alegría,
Sobre mi frente se dilata el cielo.

Tu amor es puro manantial süave
Que en todo vierte su raudal fecundo.
Quien no probó tu amor, de amor no sabe:
¿De quién sino de Ti lo aprende el mundo?

Claro como la clara luz del día,
Tu verbo en todo sin cesar penetra:
¡Oh brisa, oh bosque, oh mar, vuestra armonía
No es una vana música sin letra!

Todo habla, y todo al par dice lo mismo;
Todo en una oración cifra su anhelo:
«¡Amor!» clama el reptil en el abismo;
«¡Amor!» repite el ángel en el cielo;

Y el sol, y las estrellas, y la luna,
Juntando sus plegarias al gemido
De tierra, viento y mar, cantan á una
El amor demandado y concedido.

*

¡Oh amor, oh santo amor, llama primera
Y última luz del alma congojada:
En la edad juvenil ardiente hoguera,
Y hogar tranquilo en la vejez cansada!

¡Oh amor, que como el Fénix te eternizas
Por la virtud que en ti constante llevas,
Y si al fin te consumes en cenizas,
De tus propias cenizas te renuevas!

¡Oh amor, oh santo amor, límpida fuente
De virtud, de ventura, de consuelo,
Que tienes en la tierra tu corriente
Y tu vena purísima en el cielo!

¿Qué es sin ti, qué es sin ti la humana vida?
¡Presa del vicio ó del dolor profundo!
¡Polvo seco ó materia corrompida!
¡Árido yermo ó lodazal inmundo!

Todo cuanto en la tierra vil se mueve,
Por su inercia nativa tiende al suelo:
Tú, amor, tú eres la fuerza á quien se debe
Que las almas graviten hacia el cielo.

Vana es la dicha que del mundo nace,
Breve el placer que el mundo proporciona:
Humo aquélla que el ábrego deshace,
Flor éste cuyo fruto no sazona.

¡Oh amor, oh amor, tú sólo eterno duras,
Tú sólo das delicias verdaderas,
Y, rotas las mortales ligaduras,
Más allá de la tumba perseveras!

*

Esposa, cuando el alma que hoy delira
Calme la muerte, que con ansia espero,
Y el triste pecho que por ti suspira
Al viento rinda el hálito postrero;

Cuando, cubierto por la verde alfombra
Del césped, este cuerpo dolorido
Abra los ojos á la eterna sombra
Y al eterno silencio abra el oído;

Cuando sobre él, despojo miserable
Sumido en las tinieblas del osario,
Tomen su eterna forma inalterable
Los inmóviles pliegues del sudario;—

Entonces, para el alma libre y pura,
Gloria será cuanto es tormento ahora:
Lágrimas que lloró la noche obscura
Perlas son en la frente de la aurora.

Entonces, en los ámbitos del cielo,
Donde apaga el dolor su agudo grito,
La mente humana sin humano velo
Contemplará lo eterno y lo infinito;

¡Y entonces te veré!—Pero ese día
¿Cuándo, al fin, llegará? ¿Cuándo?—¿Qué importa!
¡Para el que espera el bien y en Dios confía,
La eternidad es corta!

RESTITUCIÓN

---

*

Estas pobres canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro.
Desnudas de las galas que presta el arte,
Mi voluntad en ellas no tiene parte:

Yo no sé resistirlas ni suscitarlas;
Yo ni aun sé comprenderlas al formularlas;
Y es en mí su lamento, sentido y grave,
Natural como el trino que lanza el ave.
Santas inspiraciones que tú me envías,
Puedo decir, esposa, que no son mías:
Pensamiento y palabra de ti recibo;
Tú en silencio las dictas; yo las escribo.

*

Desde que abandonaste nuestra morada,
De la mortal escoria purificada,
Transformado está el fondo del alma mía,
Y voces oigo en ella que antes no oía.
Todo cuanto, en la tierra y el mar y el viento,
Tiene matiz, aroma, forma ó acento,
De mi ánimo abatido turba la calma
Y en canción se convierte dentro del alma.
Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,
Todo está confundido con tu recuerdo:

¡Sin él, todo es silencio, sombra y vacío
En la tierra y el viento y el mar bravío!

*

Revueltos peñascales, áspera breña
Donde salta el torrente de peña en peña;
Corrientes bullidoras del claro río;
Religiosos murmullos del bosque umbrío;
Tórtola que en sus frondas unes tus quejas
Al calmante zumbido de las abejas;
Águila que levantas el corvo vuelo
Por el azul espacio que cubre el cielo;
Golondrina que emigras cuando el Octubre
Con sus pálidas hojas el suelo cubre,
Y al amor de tu nido tornas ligera
Cuando esparce sus flores la Primavera;
Aura mansa que llevas, en vuelo tardo,
Efluvios de azucena, jazmín y nardo;
Brisas que en el desierto sois mensajeras
De los tiernos amores de las palmeras—

(¡De las pobres palmeras que, separadas,
Se miran silenciosas y enamoradas!);—
Pardas nieblas del valle, nieves del monte,
Cambiantes y vislumbres del horizonte;
Tempestad que bramando con ronco acento
Tus cabellos de lluvia tiendes al viento;
Solitaria ensenada, restinga ignota
Donde oculta su nido la gavïota;
Olas embravecidas que pone á raya
Con sus rubias arenas la corva playa;
Grutas donde repiten con sordo acento
Sus querellas y halagos la mar y el viento;
Velas desconocidas que en lontananza
Pasáis como los sueños de la esperanza;
Nebuloso horizonte, tras cuyo velo
Sus límites confunden la mar y el cielo;
Rayo de sol poniente que te abres paso
Por los rotos celajes del triste ocaso;
Melancólico rayo de blanca luna
Reflejado en la cresta de escueta duna;
Negra noche que dejas de monte á monte
Granizado de estrellas el horizonte;

Lamento misterioso de la campana
Que en la nocturna sombra suena lejana,
Pidiendo por ciudades y por desiertos
La oración de los vivos para los muertos;
Plegaria que te elevas entre la nube
Del incienso que en ondas al cielo sube
Cuando al Señor dirigen himnos fervientes
Santos anacoretas y penitentes;
Catedrales ruinosas, mudas y muertas,
Cuyas góticas naves hallo desiertas,
Cuyas leves agujas, al cielo alzadas,
Parecen oraciones petrificadas;
Torres donde, por cima de la veleta
Que á merced de los vientos se agita inquieta,
Señalando regiones que nadie ha visto
Tiende inmóvil sus brazos la Cruz de Cristo:
Luces, sombras, murmullos, flores, espumas,
Transparentes neblinas, espesas brumas,
Valles, montes, abismos, tormentas, mares,
Auras, brisas, aromas, nidos y altares,—
Vosotros en el fondo del alma mía
Despertáis siempre un eco de poesía:

Y es que siempre á vosotros encuentro unido
El recuerdo doliente del bien perdido.
Sin él, ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro
De la tierra y el viento y el mar sonoro?

*

Ya lo ves: las canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro.
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:
Por eso á ti, de hinojos, las restituyo.
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
Sin su verdor el alma desnuda queda!

Pero no, que aun te deben mis desventuras
Otras más delicadas, otras más puras:
Canciones que, por miedo de profanarlas,
En el alma conservo sin pronunciarlas;
Recuerdos de las horas que, embelesado,
En nuestro pobre albergue pasé á tu lado,
Cuando al alma y al cuerpo daban pujanza

Juventud y cariño, fe y esperanza;
Cuando, lejos del mundo parlero y vano,
Íbamos por la vida mano con mano;
Cuando, húmedos los ojos, juntas las palmas,
En una se fundían nuestras dos almas:
Canciones silenciosas que el alma hieren;
Canciones que en mí nacen y que en mí mueren;
¡Hechizadas canciones, con cuyo encanto
Á mis áridos ojos se agolpa el llanto!

Y aun á veces aplacan mis amarguras
Otras más misteriosas, otras más puras:
Canciones sin palabra, sin pensamiento,
Vagas emanaciones del sentimiento;
Silencioso gemido de amor y pena
Que, en el fondo del pecho, callado suena;
Aspiración confusa que, en vivo anhelo,
Ya es canción, ya plegaria que sube al cielo;
Inquietudes del alma, de amor herida;
Vagos presentimientos de la otra vida;
Éxtasis de la mente que á Dios se lanza;
Luminosos destellos de la esperanza;

Voces que me aseguran que podré verte
Cuando al mundo mis ojos cierre la muerte:
¡Canciones que, por santas, no tienen nombres
En la lengua grosera que hablan los hombres!
Ésas son las que endulzan mi amargo duelo;
Ésas son las que el alma llaman al cielo;
Ésas de mi esperanza fijan el polo,—
¡Y ésas son las que guardo para mí solo!

Octubre de 1888.



ÍNDICE

Páginas



